

pensamiento abstracto

Key words:

A diferencia del habla y en particular del diálogo comprendido en su contexto situacional, el texto escrito, en cambio, estaría en condiciones de trascender sus coordenadas espacio-temporales originales. A ello se refiere la "edad de la lectura". Lo que sucede en la escritura es la "separación del lector del hablante". En efecto, un escrito cualquiera puede ser leído por otros en otros contextos. En el momento en que el lector lee el texto, la mente que hablaba al hombre se desvincula de él. El lector realiza un esfuerzo para comprender el mundo del autor. Con el desarrollo del pensamiento de la arquitectura, denominada "edificación", no solo se dio un salto demográfico, cuando además se multiplicaron los roles, sino que también se dio un salto en la vida en común. De allí la revolución de la escritura. La escritura como sustrato del habla, en la medida en que el lector se relaciona con las palabras sumando a ellas las coordenadas de su mundo.

LA EDAD DE LA LECTURA. Filosofía y Universidad

Julián Serna Arango

Profesor Universidad Tecnológica de Pereira

Resumen

En lo relativo a su desarrollo intelectual distinguimos tres edades en el hombre: la del habla, la de la escritura y la de la lectura, en la última de las cuales surge la universidad cuando se imponen en Occidente la escritura discontinua y la lectura en voz baja. En virtud de la concepción de la universidad como institución propia de la edad de la lectura, se reivindican el seminario investigativo alemán y la educación permanente.

Palabras claves:

Universidad, lectura, seminario investigativo alemán

Abstract

Related to its intellectual development, three ages in the humanity are distinguished: the speaking, writing, and reading ones. The last in which the university arises when in the west discontinued and whispered reading is prevailed. On relation to the conception of the university as proper university in the reading age, the german research seminar is vindicated and the permanent education.

Key words:

University, reading, german research seminar

1 La edad del habla

En el comienzo fue el habla, la misma que facilitó al hombre, o mejor, a los hombres, combinar sus esfuerzos para sobrevivir en medio de un entorno hostil. Con el descubrimiento de la agricultura, denominado por algunos como la revolución neolítica, no sólo se dio un salto demográfico, cuando además se multiplicaron los roles; ello hizo más compleja todavía la vida en comunidad. De allí la invención de la escritura pictográfica como auxiliar del habla para transmitir información comercial, de acuerdo con las tablillas sumerio-acacias conservadas.

Aunque los usuarios de la escritura pictográfica, de la ideográfica también, al trascender el ámbito de los objetos físicos solían hallar dificultades insalvables, no por ello dejaría de crecer su respectivo inventario de signos. Porque escribir era una actividad verdaderamente abstrusa, en la que era menester memorizar miles de signos, su dominio podía ser conquistado por especialistas únicamente. Es cuando se realizan una serie de esfuerzos tendientes a simplificar la escritura. En primer lugar, se introdujo el principio de fonetización, haciendo de la escritura el doble del habla, es decir, el doble gráfico de un fenómeno acústico. Ahora había un signo diferente para cada sílaba y en esa medida pudieron ser escritos los nombres propios y los términos abstractos. No obstante, los signos sobrepasaban el centenar y la escritura siguió siendo asunto de especialistas. En segundo lugar, los fenicios dieron un paso todavía más adelante relativo a la simplificación del sistema de signos. Todas las sílabas que compartían la misma consonante fueron escritas con el mismo signo. De allí la invención del alfabeto, o mejor, de un alfabeto que únicamente tenía signos para las consonantes. El número de los signos fue drásticamente disminuido, como la condición de la posibilidad de la democratización de la escritura. No faltaron las dificultades, sin embargo. Porque carecía de signos para las vocales, la escritura fenicia resultaba ambigua, pues el lector debía deducir las vocales atendiendo al contexto.

Aunque las escrituras silábicas y alfabéticas con signos únicamente para las consonantes no sólo se utilizaron para llevar cuentas, cuando además sirvieron de soporte a múltiples prácticas culturales, lejos estuvieron de desarrollar las posibilidades de la escritura hasta sus últimas consecuencias. Dichas formas de escritura todavía estaban comprometidas con la *edad del habla*, y no trascendieron su condición de copia más o menos fiel.

2 La edad de la escritura

Al adicionar signos para las vocales al alfabeto de origen fenicio, los griegos superaron las limitaciones padecidas por los anteriores sistemas de escritura. Ello potenció el

pensamiento abstracto.

A diferencia del habla y en particular del diálogo comprometido con su respectivo contexto situacional, el texto escrito, en cambio, estaría en condiciones de trascender sus coordenadas espacio-temporales originales. A ello se refiere Ricoeur cuando afirma: "Lo que sucede en la escritura es (...) la separación del sentido y del acontecimiento"⁽¹⁾. En efecto, un escrito puede ser leído en otras partes y en otros tiempos. El caso extremo sería el de quienes reivindican para sus escritos una validez universal, es decir, su validez para todos los contextos posibles.

Para independizar los textos de sus contextos fue necesario dar una serie de pasos tendientes a conjurar algunos fenómenos característicos de la oralidad y más específicamente del diálogo como serían la ambigüedad y el doble sentido. Si el autor aspiraba a comunicarse con un auditorio universal era necesario transmutar las palabras en conceptos. Mientras el significado y el sentido de una palabra se extiende hasta donde lo hacen sus usos, y en ese caso el contexto es el que nos permite dirimir cuál de ellos sería el pertinente; el concepto, en cambio, se casa con determinados atributos impidiendo de esa forma el *vagabundeo* de lo *semántico* (expresión acuñada por Derrida), y su valor semántico permanece invariante. En contraposición al habla fuertemente contextualizada, la escritura hace posible la independencia del discurso respecto del contexto. Ello no dejaría de traer sus consecuencias. Mientras la plasticidad del habla permite registrar los matices, las singularidades, es decir, las diferencias; la rigidez del concepto, en cambio, estaría en condiciones de acreditar los universales. No en vano la *edad de la escritura* estaría asociada a la era del tratado, y sus prácticas pedagógicas desde la cátedra magistral hasta el constructivismo sometido a fines no escapan a los influjos del universalismo.

Aunque la escritura alcanza su autonomía respecto al habla, todavía no pudiera decirse lo mismo de la lectura respecto de la escritura. Dos circunstancias de orden técnico lo explican. La *scriptio continua*, de acuerdo con la cual ni los griegos ni los latinos después del siglo II d. C. intercalan regularmente espacios entre palabra y palabra, lo cual en concepto de Blanche-Benveniste constituyó una "misteriosa regresión"⁽²⁾, cuando, además, no se había desarrollado un sistema de puntuación ni de divisiones y subdivisiones, haciendo de la lectura un proceso arduo y en el que la atención del lector, comprometida en dilucidar la forma no estaría disponible para evaluar el fondo, la primera; la escasez de manuscritos, que limitaría las posibilidades de acceso a los textos, la segunda. Es cuando alternan una serie de usos extra-intelectuales del libro. En la Alta edad media, advierten Cavallo y Chartier: "El libro, no siempre está destinado a la lectura, se convierte (...) en obra piadosa e instrumento de salvación, en un bien patrimonial y en sus formas más hieráticas, valiosas y monumentales, para a ser símbolo de lo sagrado y del misterio de lo sacro"⁽³⁾.

3 La edad de la lectura

A fines del primer milenio los monjes irlandeses introducen la costumbre de intercalar un espacio entre palabra y palabra con fines didácticos. Es cuando surge la escritura discontinua. No obstante, hubo que esperar a la reanudación de la vida urbana en el siglo XI para la generalización de dicha práctica, cuando -reabierto el comercio con Oriente a raíz de las cruzadas, roto el cerco sobre Europa, asistimos al resurgimiento de las ciudades, de acuerdo con la conocida tesis de Pirenne- se multiplican las escuelas, los libros, se hace más rápida la circulación del saber.

Con la generalización de la escritura discontinua se suceden una serie de mutaciones en los hábitos de lectura y escritura. No sólo hace carrera la práctica de intercalar espacios entre palabra y palabra, sino además la de incorporar al texto divisiones y subdivisiones, y numerosos índices que eximían de leer los manuscritos de comienzo a fin cuando se podía, en cambio, consultarlos. No sólo los libros escritos en la época fueron partícipes de tales avances; se aplicaron, además, con retroactividad, es decir, se hicieron extensivos a los textos clásicos y alto medievales. Es cuando la lectura en voz alta ocupada de la decodificación del manuscrito, por su lectura literal, es reemplazada por la lectura interior en condiciones de internarse en el sentido del texto, para detenerse en su comprensión y evaluación. De allí las posibilidades de interpretación, y por supuesto, de discusión. Acontece el relevo de la lectura intensiva, lectura que gravita alrededor de un solo libro, y en particular, de la Biblia, que era leído, releído numerosas veces, aprendidos numerosos pasajes de memoria, etc., por una lectura extensiva en la que el lector pasa rápidamente de un texto a otro. A pesar de las mutaciones registradas no será de manera automática ni mucho menos como se desarrollen todas las implicaciones del tránsito de la escritura continua a la discontinua.

En el siglo XIII, el universalismo propio de la *edad de la escritura* sobrevive en los ámbitos académicos al amparo de la teología. A imagen y a semejanza de lo ocurrido en los tiempos antiguos cuando la interpretación no era más que un medio para compensar la falta de vocales de los textos *semitas* y la *scriptio continua* de los textos greco-romanos y alto medievales, la interpretación de los textos durante el medioevo no tenía objeto diferente al de develar su verdadero sentido.

Con el advenimiento de la imprenta se multiplicó el número de copias de un mismo texto. Al aumentar el inventario de libros disponibles, el saber se hace más diverso y disperso amenazando la ortodoxia que durante siglos había disfrutado del monopolio de la vida intelectual. No obstante, la amenaza fue conjurada. El primado de las religiones monoteístas y los sistemas filosóficos en Occidente no había acontecido en vano, y la adicción al dogma prevaleció a pesar de la imprenta, apoyándose en ella, inclusive. De allí la fijación del canon definido como el conjunto de lecturas legitimadas por la ortodoxia al alcance de cualquiera por obra y gracia de la imprenta. Lejos de reducirse al canon cristiano, la práctica en cuestión hará parte de las tradiciones intelectuales en Occidente, como lo atestigua por ejemplo la existencia de un canon

marxista siglos después, y la existencia de cánones disciplinarios, inclusive, desde los currículums inflexibles en el ámbito de la pedagogía hasta el imperio de los *best seller*.

Al tiempo que la edad de la escritura conserva su vigencia en las más de las actividades del hombre; en el ámbito académico, en el espacio propio para la gestación del saber, en la universidad, en cambio, se consolida la *edad de la lectura* a partir de una serie de metodologías en las que la lectura juega un papel de primer orden. No sólo se destacan los ejercicios académicos de la universidad medieval, sino además el seminario investigativo alemán.

Dos son las prácticas pedagógicas básicas de la universidad medieval. La *lectiu* y la *disputatio*.

- La *lectiu* constituye el ejercicio académico alrededor del cual surge la universidad medieval. No se trata de una lectura cualquiera, sino de una lectura en condiciones de rebasar la letra e internarse en las profundidades del espíritu, es decir, del sentido; cuando la lectura deja de ser una lectura concebida como duplicado de la escritura, cuando la lectura se asume, en cambio, como una lectura en condiciones de interpretar el texto en relación con sus contextos, es decir, en diálogo con la tradición; no sólo para hacerle hablar desde sus propias circunstancias, sino además para develar lo no dicho, pero implicado a través de la exégesis laboriosa, del análisis psicológico, sociológico, por conducto de la etimología, inclusive.
- A la *lectiu* la complementa la *disputatio*, el diálogo en torno al texto, el juego de preguntas y respuestas entre el profesor y los alumnos en el que los participantes adelantan la construcción por cierto laboriosa de contextos compartidos, los cuales no sólo les permiten poner a prueba sus ideas, sino además reconocer los aportes ajenos. A diferencia de la clase magistral en la que hay habla sin diálogo, como ocurre en la radio, como ocurre también con esa deformación del seminario investigativo alemán en la que el profesor delega en los estudiantes la clase magistral, el diálogo, en cambio, constituye un ejercicio de contextualización y recontextualización continuo que garantiza a los participantes significativos avances en la comprensión del texto, en la profundización del asunto.

Se dice que el seminario investigativo alemán prolonga los ejercicios académicos de la universidad medieval, pero no menos cierto es que los complementa y los desarrolla. A la lectura y al diálogo, en el seminario investigativo alemán se adiciona la escritura. De allí que en la práctica pedagógica en cuestión se combinen, en síntesis, las tres funciones de la palabra. En primera instancia los estudiantes leen determinado texto y adquieren una visión general del mismo, luego escriben un informe de lectura por medio del cual lo articulan a sus propios esquemas avanzando en su comprensión en términos de coherencia y precisión, y por último dialogan en torno a él bajo la orientación del profesor, beneficiándose así de los avances realizados por los demás parti-

cipantes.

Aunque en un principio se veía en el seminario investigativo alemán un método tendiente a la progresiva dilucidación de los textos únicamente, las nuevas concepciones filosóficas habrán de clarificar sus alcances. Con el tránsito de la primera a la segunda hermenéutica, se reconoce que la lectura no sólo conduce a la interpretación y a la discusión del texto, sino además a la reconstrucción del lector, es decir, a la reconstrucción de su *precomprensión de mundo* (expresión acuñada por Gadamer), de su red de significados y sentidos. No sólo el objeto es construido desde el sujeto, sino que además el sujeto es reconstruido al construir el objeto. A raíz del *giro lingüístico*, cuando se reivindican la multiplicidad de juegos de lenguaje (último Wittgenstein), de casas del ser (último Heidegger), se hace evidente que el seminario investigativo alemán no sólo lleva a la interpretación y discusión del texto, sino además a repensar el léxico y los hábitos lingüísticos involucrados, y en particular, el léxico y los hábitos lingüísticos comprometidos con la era del tratado, de los sistemas, es decir, con la edad de la escritura. Al amparo de la nueva hermenéutica, del *giro lingüístico*, además, el seminario investigativo alemán desarrolla hasta sus últimas consecuencias las potencialidades pedagógicas de la *edad de la lectura*.

Aunque en ocasiones el seminario investigativo alemán se hizo extensivo a facultades como la de derecho, a facultades como la de medicina, inclusive, resulta evidente que la relativa estabilidad de los paradigmas acreditados por las comunidades de expertos en el ámbito físico-biótico haría innecesaria, cuando no impertinente la utilización de tales prácticas pedagógicas comprometidas con la *edad de la lectura*. No obstante, en ocasiones acontece la crisis de los paradigmas del ámbito físico-biótico de acuerdo con Kuhn. Es cuando la epistemología cede su puesto a la hermenéutica en palabras de Rorty ⁽⁴⁾. En lo relativo a los fenómenos propios del ámbito físico-biótico, en síntesis, el seminario investigativo alemán estaría reservado para los períodos de crisis de la *ciencia normal* -en la terminología de Kuhn-.

Mientras la clase magistral y los constructivismos sometidos a fines alcanzan su mayor pertinencia en la disciplinas propias del ámbito físico-biótico; el seminario investigativo alemán, en cambio, la registra en la disciplinas humanísticas. Semejante solución de compromiso ha sido puesta en entredicho, sin embargo.

Lejos de imponerse en la medida de sus posibilidades, de permear la universidad, la sociedad, inclusive, hasta sus últimas consecuencias, quienes promueven los ejercicios académicos derivados de la edad de la lectura han debido enfrentar la inercia de los hábitos intelectuales, de los hábitos lingüísticos, en fin, de las prácticas pedagógicas propias de la edad de la escritura, como también la emergencia de la imagen, el último de los imperios.

4 La vuelta a la imagen

Cuando se aplica el principio de fonetización a la escritura poco tiempo después de su invención, la imagen pierde protagonismo en favor de la palabra; lo recupera, no obstante, con el desarrollo de los *mass media* que le permiten alcanzar una cobertura comparable, cuando no superior a la del texto cinco milenios después.

Aunque el valor de la imagen resulta indiscutible, lo cierto es que la avalancha de imágenes a las que permanece sometido el hombre no sólo resta tiempo a la lectura, sino además espacio a la escritura, la cual deja de ser protagonista de la comunicación como acontecía en el marco de una cultura de letrados y degenera en apéndice. El habla tampoco es inmune, cuando sería influida por una escritura subyugada por el *estilo plano*, convertida en acólito de la imagen, y en cierto modo simplificada.

Degradada, simplificada, así da cuenta Calvino de la palabra: "A veces tengo la impresión que una epidemia pestilencial azota a la humanidad en la facultad que más la caracteriza, en el uso de la palabra; una peste del lenguaje que se caracteriza como pérdida de fuerza cognoscitiva y de inmediatez, como automatismo que tiende a nivelar la expresión en sus formas más genéricas, anónimas y abstractas, a diluir los significados, a limar las puntas expresivas, a apagar cualquier chispa que brote del encuentro de las palabras con nuevas circunstancias" ⁽⁵⁾.

Una palabra simplificada limitaría las vías por medio de las cuales adelantamos la construcción de mundo, no estaría en condiciones de captar los matices, las sutilezas, en fin, las diferencias; provocaría incomunicación, dificultaría la circulación de sentido.

5 La educación permanente

La difusión del saber a un ritmo cada vez más rápido, en círculos cada vez más amplios dispersa el fenómeno de la globalización, de una parte, y proporciona a los individuos un repertorio de roles cada vez más surtido, de otra parte. Al tiempo que aumenta la integración a escala mundial, se multiplican las diferencias con el vecino. Todo lo cual configura un mundo más complejo a escala local y más exigente a escala mundial, un mundo rico en interacciones y diferencias, un mundo sometido a cambios cada vez más rápidos, cada vez más surtidos.

En un mundo pródigo en interacciones, en diferencias como el nuestro, se reivindica el carácter provisional de la construcción del hombre realizada a través del proceso educativo. Las implicaciones resultan evidentes. Una sociedad en la que el cambio ha dejado de ser la excepción para erigirse en la regla, debe asumir el relevo de una educación definida por ciclos de duración limitada por una educación permanente, la misma que no sólo haría énfasis en los programas de educación posgraduada, sino además en los eventos académicos y los cursos de actualización.

Lejos de reducirse a la adaptación del estudiante a determinados parámetros socio-culturales, a una ideología, a una tecnología, a un canon, la educación concebida como educación permanente lo capacitaría para asumir actitudes críticas y creativas frente a las instituciones y los paradigmas vigentes. De allí la concepción del pensar como un repensar, cuando los ejercicios académicos propios de la edad de la lectura se harían consustanciales al ejercicio mismo de la actividad intelectual; no asumirlos como tales y tolerar, en cambio, el monopolio de las prácticas pedagógicas propias de la *edad de la escritura* particularmente en el ámbito humanístico, haría de la universidad una institución anacrónica y condenaría la sociedad a la atrofia de su dinámica, a la pérdida de sus oportunidades.

Para garantizar el desarrollo de su vocación crítica y creativa, para consolidar su proyecto de educación permanente, como institución surgida en la edad de la lectura, la universidad no sólo debe tomar distancia de la educación confesional, el arte comprometido y la investigación mercenaria, cuando, además, debe decidirse por los currículos flexibles en lo académico y la aplicación de la *Navaja de Occam* en lo administrativo.

6 Conclusión

Surgida alrededor de la discusión y la interpretación de textos, la universidad se distingue de otras instituciones en los siguientes puntos:

1. Mientras el común de las instituciones sirven de medios para determinados fines, la universidad constituye el ámbito en el que todavía se discuten los fines.
2. Mientras el común de las instituciones han dejado de pensar en los presupuestos, las presunciones y los prejuicios que las sustentan, o si acaso los piensan los asumen como naturales, la universidad estaría dispuesta a repensarlos.

En esas condiciones, la libertad, la tolerancia; inclusive, no serían un hipotético punto de llegada del quehacer universitario, sino la condición de su posibilidad.

La universidad, en síntesis, no sólo estaría habilitada para proporcionar nuevos medios para satisfacer viejos fines, para crear las condiciones a partir de las cuales sea posible operar significativas mutaciones en su respectiva sociedad o cultura, cuando no es que las originan, sino además para reconstruir la red de significados y sentidos que constituye la existencia desde un punto de vista socio-cultural. No obstante, ello puede no ocurrir.

Habiendo sido monopolizados nuestros hábitos de escritura por el *estilo plano*, excento (en lo posible) de figuras retóricas; habiendo sido monopolizados nuestros hábitos de lectura por la lectura lineal-proposicional, en detrimento de la lectura sub y supraproposicional, de las lecturas deconstructivas, inclusive; ahora son relevados

nuestros hábitos de profundización intelectual por el imperio de los - bajo el signo del rating por conducto del cual se realiza una especie de nivelación por lo bajo. He ahí otros tantos peligros que debe sortear una universidad concebida como ámbito propio para la gestación del saber, para no hablar de su eventual colonización por poderes ajenos al poder del saber como serían los poderes políticos (desde el clientelismo hasta la burocratización o multiplicación de los intermediarios) y económicos, y en particular, el mercado, cuando la universidad dejaría de ser ariete del futuro para degenerar en apéndice del statu quo. Todo lo cual pondría en entredicho las conquistas de ese hombre que en la edad de la lectura advirtió en la racionalidad apodíctica - a través de la cual se construyen tratados, sistemas- un montaje, un sofisma, o en el mejor de los casos los síntomas de una acusada miopía intelectual para registrar las diferencias; que advirtió en la racionalidad instrumental -el último de los retoños de la metafísica- la domesticación del pensar, su negación; de ese hombre que en la *edad de la lectura* reconoció su verdadera patria en el lenguaje.

Así como la lectura no es un hábito intelectual más en el contexto de la vida académica, la universidad no es una institución más en el contexto de la vida social. Como espacio abierto a la interpretación y a la discusión de textos, hechos, teorías, pero también de la red de significados y sentidos que los soporta, la universidad asume como ninguna otra institución lo hace la historicidad del hombre hasta sus últimas consecuencias, como un ser de cara al futuro, como un ser en condiciones de licenciar dioses, construir mundos y someter golems.

Notas

- (1) RICOEUR, Paul. Teoría de la interpretación. Madrid: Siglo XXI, 2a edición, 1998. p. 38
- (2) BLANCHE-BENVENISTE, Claire. Estudios lingüísticos sobre la relación entre la oralidad y la escritura. Barcelona: Gedisa, 1998. p. 86
- (3) CAVALLY, Guglielmo, y CHARTIER, Roger. Introducción. En: Historia de la lectura en el mundo occidental. Madrid: Taurus, 1997. p.31
- (4) Cfr. RORTY, Richard. La filosofía y el espejo de la naturaleza. Cátedra: Madrid, 1995. p. 292
- (5) CALVINO, Italo. Seis propuestas para el próximo milenio. Madrid: Siruela, 1989. p. 72

Bibliografía

- BLANCHE-BENVENISTE, Claire. Estudios lingüísticos sobre la relación entre la oralidad y la escritura. Barcelona: Gedisa, 1998. 176 pp.
- BORRERO, Alfonso S. J. La idea de la universidad medieval. Ascum
- BOTTERO, Jean y otros. Cultura, pensamiento y escritura. Barcelona: Gedisa, 1995. 187 pp.
- CATACH, Nina. Compiladora. Hacia una teoría de la lengua escrita. Barcelona: Gedisa, 1996. 331 pp.
- CAVALLO, Guglielmo. CHARTIER, Roger. Comps. Historia de la lectura en el mundo occidental. Madrid: Taurus, 1998. 585 pp.
- GADAMER, Hans George. Verdad y método. Salamanca: Sígueme, 1993. 2 vol.

- GOODY, Jack. Cultura escrita en sociedades tradicionales. Barcelona: Gedisa, 1996. 383 pp.
- HOYOS VASQUEZ, Jaime S. J. El seminario en la experiencia docente en la Facultad de Filosofía en la Pontificia Universidad Javeriana. Bogotá: Revista Universitas Philosophica No. 10, 1988. p. 39-53
- HABELOCK, Eric. A. La musa aprende a escribir. Barcelona: Paidós, 1996. 188 pp.
- OLSON, David. El mundo sobre el papel. Barcelona: Gedisa, 1998. 349 pp.
- OLSON David. R. y TORRANCE, Nancy. Comps. Cultura escrita y oralidad. Barcelona: Gedisa, 1998. 383 pp.